

Los seductores de la clase media que anhelaban siempre *meter la cabeza* en la aristocracia, declararon lo mismo: «Ana era invulnerable.»

—Esperará algún príncipe ruso—decía Alvarito Mesía, que vivía entre plebeyos y nobles. Alvarito no había dicho nunca á Anita: «buenos ojos tienes.» Eran dos orgullos paralelos.

Se fué á Madrid Mesía, á cepillar un poco el provincialismo. Dejaba ya en Vetusta muchas víctimas de su buen talle y arte de enamorar, pero los mayores estragos pensaba hacerlos á la vuelta.

La tarde en que Alvaro tomó la diligencia, Ana había salido á paseo con sus tías por la carretera de Madrid. Encontraron el coche. Álvaro las vió y saludó desde la berlina. Se encontraron los ojos de Ana y de Mesía. Se miraron como si hasta aquel momento nunca se hubieran visto bien.

—«Buenos ojos—pensó el Tenorio—no sabía yo á lo que saben, hasta ahora.»

Y continuó:

—«Esa será una de las primeras.»

Más de una hora fué viendo aquella nube de polvo que parecía de luz y en medio los ojos de *la sobrina*.

La *sobrina* también llevó á casa la imagen de don Álvaro entre ceja y ceja.

Y pensaba:

—«Ese era de los menos malos. Parecía más distinguido; y no era pesado; tenía cierta dignidad... era comedido... frío con elegancia... el menos tonto sin duda.»

El pesimismo la hizo repetir muchos días seguidos:

—«Se ha ido el menos tonto.»

Pero al mes ya no se acordaba de don Álvaro; ni don Álvaro de Ana en cuanto llegó á Madrid.

—«¡Oh! el convento, el convento; ese era su recurso más natural y decoroso. El convento ó el americano.»

El confesor de Anita, Ripamilán, oyó la proposición de la joven como quien oye llover.

—¡Ta, ta, ta, ta!—dijo en voz alta—sin pensar que estaba en la iglesia. Hija mía, las esposas de Jesús no se hacen de tu maderita. Haz feliz á un cristiano, que bien puedes, y déjate de vocaciones improvisadas. La culpa la tiene el romanticismo con sus dramas escandalosos de monjitas que se escapan en brazos de trovadores con plumero y capitanes de foragidos. Has de saber, Anita mía, que yo tengo para ti un novio, paisano mío. Vuélvete á casa, que allá iré yo y te hablaré del asunto. Aquí sería una profanación.

El candidato de Ripamilán era un magistrado, natural de Zaragoza, joven para oidor y algo maduro, aunque no mucho, para novio. Tenía entonces la señorita doña Ana Ozores diez y nueve años y el señor don Víctor Quintanar pasaba de los cuarenta. Pero estaba muy bien conservado. Ana suplicó á don Cayetano que nada dijese á sus tías de aquella proporción, hasta que ella tratase algún tiempo á Quintanar; porque si doña Anuncia sabía algo, impondría el novio sin más examen.

«—Nada más justo; prefiero que estas cosas las resuelva el corazón; Moratín, mi querido Moratín, nos lo enseña gallardamente en su comedia inmortal: «El sí de las niñas.»

Se quedó en ello.

¡Quién hubiera dicho á doña Anuncia que aquel novio soñado, que ya empezaba á tardar, pasaba todos los días cerca de ellas, en el Espolón, el Paseo de invierno, ó en la carretera de Madrid, orlada de altos álamos que se juntaban á lo lejos!

Ana había notado que todas las tardes se encontraban con don Tomás Crespo, el íntimo de la casa, y un caballero que se la comía con los ojos. Don Tomás era una de las pocas personas á quien ella estimaba de



veras, por ver en él prendas morales raras en Vetusta, á saber: la tolerancia, la alegría expansiva, y la des-  
preocupación en materias supersticiosas.

El caballero las miraba de lejos, mientras don Tomás se detenía á saludarlas. Aquel señor era Quintanar; el magistrado. Efectivamente, no estaba mal conservado. Era muy pulcro de traje y de aspecto simpático.

«Era un *forastero*, palabra de sentido especial en Vetusta, para las señoritas de Ozores, que no le habían visto aún en ninguna casa de las *suyas*.»

—Es un magistrado—les había dicho Crespo un día; —un aragonés muy cabal, valiente, gran cazador, muy pundonoroso y gran aficionado de comedias; representa como Carlos Latorre. Sobre todo en el teatro antiguo es lo que hay que ver.

Esto era todo lo que las tías sabían del novio que se les preparaba á escondidas.

Una tarde Crespo, enterado de que la niña ya sabía algo, sin encomendarse á Dios ni al diablo, detuvo á las de Ozores en la carretera de Castilla y les presentó al señor don Víctor Quintanar, magistrado. Las acompañaron aquellos señores durante el paseo y hasta dejarlas en el sombrío portal del caserón de Ozores. Doña Anuncia ofreció la casa á don Víctor. Éste pensaba que las tías conocían su honesta pretensión, y al día siguiente, de levita y pantalón negros, visitó á las nobles damas. Ana le trató con mucha amabilidad. Le pareció muy simpático.

La única persona con quien ella se atrevía á hablar algo de lo que le pasaba por dentro era don Tomás Crespo, libre, decía él, de todas las preocupaciones, inclusive la de no tenerlas, que era de las más tontas.

Ana observaba mucho. Se creía superior á los que la rodeaban, y pensaba que debía de haber en otra parte una sociedad que viviese como ella quisiera vivir y que tuviese sus mismas ideas. Pero entre tanto

Vetusta era su cárcel, la necia rutina, un mar de hielo que la tenía sujeta, inmóvil. Sus tías, las jóvenes aristócratas, las beatas, todo aquello era más fuerte que ella; no podía luchar, se rendía á discreción y se reservaba el derecho de despreciar á su tirano, viviendo de sueños.

Pero Crespo era una excepción, un amigo verdadero, que entendía á medias palabras lo que las tías, el barón, etc., etc., no hubieran entendido en tomos como casas.

Á don Tomás le llamaban *Frigilis*, porque si se le refería un desliz de los que suelen castigar los pueblos con hipócritas aspavientos de moralidad asustadiza, él se encogía de hombros, no por indiferencia, sino por filosofía, y exclamaba sonriendo:

—¿Qué quieren Vds.? Somos *frigilis*; como decía el otro.

*Frigilis* quería decir frágiles. Tal era la divisa de don Tomás: la fragilidad humana.

Él mismo había sido frágil. Había creído demasiado en las leyes de la adaptación al medio. Pero de esto ya se hablará en su día. Ocho años más adelante brillaba en todo su esplendor su noble manía de perdonarlo todo.

Era sagaz para buscar el bien en el fondo de las almas, y había adivinado en Anita tesoros espirituales.

—Mire Vd., don Víctor—le decía á su amigo—esa niña merece un rey, y por lo menos un magistrado que pronto será Regente, como Vd., v. gr. Figúrese usted una mina de oro en un país donde nadie sabe explotar las minas de oro; eso es Anita en mi querida Vetusta. En Vetusta lo mejor es el arbolado.

—Deje Vd. la flora, don Tomás.

—Tiene Vd. razón, me pierdo... Decía que Anita es una mujer de primer orden. ¿Ve Vd. qué hermoso es su cuerpecito que le tiene á Vd. hecho un caramelo?



Pues cuando vea Vd. su alma, se derretirá como ese caramelo puesto al sol. Debo advertir á Vd. que para mí un alma buena no es más que un alma sana; la bondad nace de la salud.

—Es Vd. un poco materialista, pero yo no me enfado. Decía Vd. que la niña...

—¡Soy cuerno! señor mío; y Vd. dispense. Á mí no hay que ponerme motes. Aborrezco los sistemas. Lo que digo es que sólo creo en la bondad que da la naturaleza; á un árbol la salud ha de entrarle por las raíces... pues es lo mismo, el alma...

Y seguía filosofando para venir á parar en que Anita era la mejor muchacha de Vetusta.

Crespo, según él dijo, tomó un día por su cuenta á la joven para recomendarle al señor Quintanar.

«Era el único novio digno de ella. Los cuarenta años y pico eran como los de los árboles que duran siglos, una juventud, la primera juventud. Más viejo es un perro de diez años que un cuervo de ciento, si es cierto que los cuervos duran siglos.»

Ana apreciaba en mucho los consejos de Frigilis. Admitió el trato de Quintanar, pero á beneficio de inventario y con las demás condiciones que había impuesto á don Cayetano; no sabrían nada las tías. Don Víctor aceptó aquella manera de ser pretendiente.

—Mire Vd.—decía Frigilis—el secretillo es la salsa de estos negocios; la chica picará más pronto... ya verá usted cómo pica...

Ana pasaba el tiempo sin sentir al lado de Quintanar.

«Tenía ideas puras, nobles, elevadas y hasta poéticas.»

No se teñía las canas, era sencillo, aunque en el lenguaje algo declamador y altisonante. Este vicio lo debía á los muchos versos de Lope y Calderón que sabía de memoria; le costaba trabajo no hablar como Sancho Ortiz ó don Gutierre Alfonso.

Pero á solas se decía Anita:

—«¿No es una temeridad casarse sin amor? ¿No decían que su vocación religiosa era falsa, que ella no servía para esposa de Jesús porque no le amaba bastante? Pues si tampoco amaba á don Víctor, tampoco debía casarse con él.»

Consultado Ripamilán, contestó:

—«Que entre un magistrado, que no es Presidente de Sala siquiera, y el Salvador del mundo, había mucha diferencia. ¿No confesaba Anita que le agradaba don Víctor? Sí. Pues cada día le encontraría más gracia. Mientras que en el convento, la que empieza sin amor acaba desesperada.»

Don Cayetano, que sabía ponerse serio, llegado el caso, procuró convencer á su amiguita de que su piedad, si era suficiente para una mujer honrada en el mundo, no bastaba para los sacrificios del claustro.

—«Todo aquello de haber llorado de amor leyendo á San Agustín y á San Juan de la Cruz no valía nada; había sido cosa de la edad crítica que atravesaba entonces. En cuanto á Chateaubriand, no había que hacer caso de él. Todo eso de hacerse monja sin vocación, estaba bien para el teatro; pero en el mundo no había Manriques ni Tenorios que escalasen conventos, á Dios gracias. La verdadera piedad consistía en hacer feliz á tan cumplido y enamorado caballero como el señor Quintanar, su paisano y amigo.»

Ana renunció poco á poco á la idea de ser monja. Su conciencia le gritaba que no era aquel el sacrificio que ella podía hacer. El claustro era probablemente lo mismo que Vetusta; no era con Jesús con quien iba á vivir, sino con *hermanas* más parecidas de fijo á sus tías que á San Agustín y á Santa Teresa. Algo se supo en el círculo de la nobleza de las «veleidades místicas» de Anita, y las que la habían llamado *Jorge Sandio* no



se mordieron la lengua y criticaron con mayor crueldad el nuevo antojo.

Se confesaba que era virtuosa, en cuanto no se le conocía ningún *trapicheo*; pero esto era poco para creerse con vocación de santa.

—«¿Por ventura las demás eran unas tales?»

—Es guapa, pero orgullosa—decía la baronesa tronada, que tenía á su marido y á su hijo enamorados en vano de la sobrina.—

No fué Ana quien apresuró su resolución, como esperaba Frigilis; fueron las tías que descubrieron un novio para la niña. El nuevo pretendiente era el americano deseado y temido, don Frutos Redondo, procedente de Matanzas con cargamento de millones. Venía dispuesto á edificar el mejor *chalet* de Vetusta, á tener los mejores coches de Vetusta, á ser diputado por Vetusta y á casarse con la mujer más guapa de Vetusta. Vió á Anita, le dijeron que aquella era la hermosura del pueblo y se sintió herido de punta de amor. Se le advirtió que no le bastaban sus onzas para conquistar aquella plaza. Entonces se enamoró mucho más. Se hizo presentar en casa de las Ozores y pidió á doña Anuncia la mano de la sobrina.

Después doña Anuncia se encerró en el comedor con doña Águeda, y terminada la conferencia compareció Anita. Doña Anuncia se puso en pié al lado de la chimenea pseudo-feudal: dejó caer sobre la alfombra *La Etefvina*, novela que había encantado su juventud, y exclamó:

—Señorita... hija mía; ha llegado un momento que puede ser decisivo en tu existencia. (Era el estilo de *La Etefvina*.) Tu tía y yo hemos hecho por ti todo género de sacrificios; ni nuestra miseria, á duras penas disimulada delante del mundo, nos ha impedido rodearte de todas las comodidades apetecibles. La caridad es inagotable, pero no lo son nuestros recursos.

Nosotras no te hemos recordado jamás lo que nos debes (se lo recordaban al comer y al cenar todos los días), nosotras hemos perdonado tu origen, es decir, el de tu desgraciada madre, todo, todo ha sido aquí olvidado. Pues bien, todo esto lo pagarías tú con la más negra ingratitud, con la ingratitud más criminal, si á la proposición que vamos á hacerte contestaras con una negativa... incalificable.

—Incalificable—repitió doña Águeda.—Pero creo inútil todo este sermón—añadió—porque la niña saltará de alegría en cuanto sepa de lo que se trata.

—Eso quiero; saber en qué puedo yo servir á Vds. á quien tanto debo.

—Todo.

—Sí, todo, querida tía.

—Como supongo—prosiguió doña Anuncia—que ya no te acordarás siquiera de aquella locura del monje...

—No señora...

—En ese caso—interrumpió doña Águeda—como no querrás quedarte sola en el mundo el día que nosotras faltemos...

—Ni tendrás ningún amorcillo oculto, que sería indecente...

—Y como nosotras no podemos más...

—Y como es tu deber aceptar la felicidad que se te ofrece...

—Te morirás de gusto cuando sepas que don Frutos Redondo, el más rico del Espolón, ha pedido hoy mismo tu mano.

Ana, contra el expreso mandato de sus tías, no se murió de gusto. Calló; no se atrevía á dar una negativa categórica.

Pero doña Anuncia no necesitó más para dar rienda suelta al basilisco que llevaba dentro de sus entrañas. Su silueta en las sombras de la pared, parecía ahora



la de una bruja gigantesca; otras veces, multiplicándose por los saltos de la llama y por los saltos y contorsiones de la vieja, figuraba todo el infierno desencadenado; había momentos en que la sombra de la señorita de Ozores tenía tres cabezas en la pared y tres ó cuatro en el techo, y se diría que de todas ellas salían gritos y alaridos, según lo que vociferaba doña Anuncia sola.

Doña Águeda misma estaba horrorizada.

La sobrina permaneció ocho días encerrada en su alcoba después de aquella escena. Al cumplirse el novenario de la encerrona, que algo tenía de arresto, doña Anuncia se presentó tranquila, digna, severa á leer la sentencia. «No le faltaría á la hija de la bailarina—¿quién dudaba ya que la modista había bailado?—no le faltaría una cama en el palacio de sus mayores; pero ellas, las tías, no tenían qué poner á la mesa; todo lo había comido la niña.»

Ana escribió á Frigilis.

Y al día siguiente don Víctor Quintanar, de tiros largos, como el día de la primera visita, entró en el estrado de los Ozores. Venía á pedir la mano de Ana, «á quien creía no ser indiferente.»

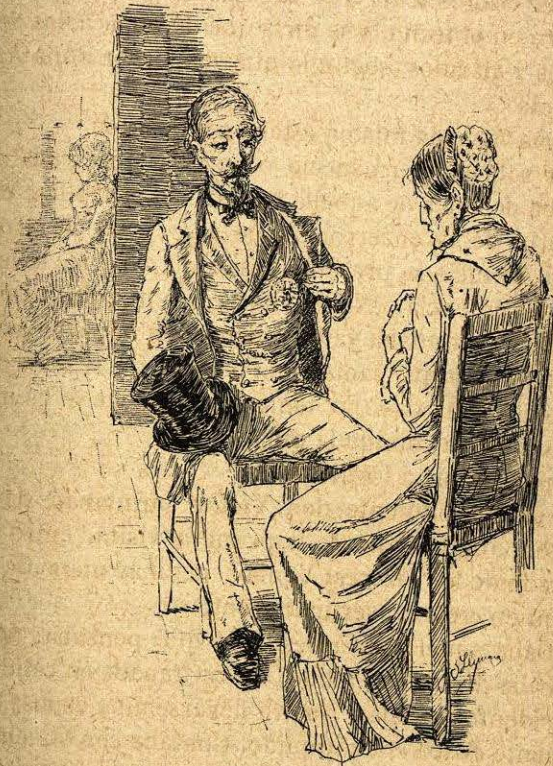
«Daba aquel paso antes de lo que pensaba, porque acababa de ser ascendido; iba á Granada en calidad de Presidente de Sala y quería llevarse á su esposa, si su ardiente deseo era cumplido. Contaba con su sueldo y algunas viñas y no pocos rebaños en la Almunia de don Godino. Nunca hubiera sido osado á pedir la mano de tan preclara, ilustre y hermosa joven sin poder ofrecerle, ya que no la opulencia, una *aurea mediocritas*, como había dicho el latino.»

Doña Anuncia quedó deslumbrada... ¡Don Godino... *mediocritas*... la cruz de Isabel la Católica!... Era mucha tentación.

Frigilis había advertido á don Víctor, al ponerle la

cruz al pecho, que á doña Anuncia la enamoraban los discursos que no entendía y las condecoraciones.

Quintanar mientras hablaba se sentía en ridículo; pero la vieja estaba fascinada.



«Don Frutos, pensaba ella, había aplastado terrones en los suburbios de Vetusta, doce años antes; se acordaba de haberle visto en mangas de camisa.»

La Ozores contestó:

«Que ella no podía disponer de la mano de su sobrina, aunque la joven consintiera, sin consultar, sin tomar la venia de la nobleza, de la clase.»

Los señores del margen, los de la Audiencia, eran



la segunda aristocracia en Vetusta, aunque no figuraban tanto como en otros días.

La justicia era respetada con un terror supersticioso heredado de muchos siglos. Los más soliviantados liberales de Vetusta que hablaban de anarquía y de quemarlo todo, temblaban ante la voz de un uquier de la Sala de lo Criminal que gritaba, porque un testigo cruzaba las piernas:

—¡Guarden ceremonia!

La aristocracia, la primera, opinó que Anita hacía una boda loca.

La hizo.

Don Frutos se volvió á Matanzas, prometiendo volver vengado, es decir, con muchos más millones. Cumplió su promesa.

Pasó un mes, y Ana Ozores de Quintanar, con su caballeresco esposo, salía por la carretera de Castilla en la berlina de aquella diligencia en que había visto marchar á don Álvaro Mesía por el mismo camino.

Toda Vetusta fué á despedirlos; la nobleza y la clase media. Frigilis tenía lágrimas en los ojos.

—En cuanto puedan Vds. dar la vuelta... hay que darla—decía con un pié en el estribo y la cabeza dentro del coche.—Será Vd. la Regenta de Vetusta, Anita.

—No lo permite la ley, por causa de las tías—contestaba don Víctor.

—Bah, bah! Ya se arreglaría eso... Será Vd. la Regenta.

Don Cayetano quiso también subir al estribo, pero no pudo.

Doña Anuncia y doña Águeda habían quedado en el estrado, casi á oscuras, suspirando, rodeadas de algunos amigos y amigas, quizá los mismos que les dieran en otra ocasión igual pésame por la muerte civil de don Carlos.

—Y ella va contenta—decía el barón.

—¡Uf! Ya lo creo...

—La juventud es ingrata...

—Señores, que va á arrancar, *desapartarse*—gritó el zagal de la diligencia.

Y partió el coche. Don Víctor oprimía entre las suyas las manos de aquella esposa que le envidiaba un pueblo entero.

Un ¡adiós! llenó los ámbitos de la Plaza Nueva: era un adiós triste de verdad, era la despedida de la maravilla del pueblo; Vetusta en masa veía marchar á la nueva Presidenta de Sala como pudiera haber visto que le llevaban la torre de la catedral, otra maravilla.

Entre tanto, Ana pensaba que tal vez no había entre aquella muchedumbre que admiraba su hermosura otro más digno de poseerla que aquel don Víctor, á pesar de sus cuarenta y pico, pico misterioso.

Cuando, ya cerca de la noche, mientras subían cuentas que el ganado tomaba al paso, el nuevo Presidente de Sala le preguntaba si era él por su ventura el primer hombre á quien había querido, Ana inclinaba la cabeza y decía con una melancolía que le sonaba al marido á voluptuoso abandono:

—Sí, sí, el primero, el único.

«No le amaba, no; pero procuraría amarle.»

Cerró la noche. Ana, apoyada la cabeza en las sobadas almohadillas de aquel coche viejo, cerraba los ojos, fingía dormir y escuchaba el ruido atronador y confuso de vidrios, hierro y madera de la diligencia desvenijada, y se le antojaba oír en aquel estrépito los últimos gritos de la despedida.

Ni uno solo de aquellos hombres que quedaban allá abajo le había hablado de amor, de amor cierto, ni se lo había inspirado. Repasando todos los años de la inútil juventud, recordaba, como la mayor delicia que pudiera cargarse al capítulo de amor tal vez, alguna mirada de algún desconocido en uno de aquellos pa-



seos por las carreteras orladas de árboles poblados de gorriones y jilgueros.

Entre ella y los jóvenes de la sociedad en que vivía, pronto había puesto el orgullo de Ana y la necedad de los otros un muro de hielo.

«No se casarían con ella, había dicho doña Anuncia, porque era pobre; pero ella les tomaba la delantera, y los despreciaba por fatuos y adocenados.»

Si alguno había querido tratarla como á Obdulia, pronto había encontrado un desdén altivo y una ironía cruel capaces de helar una brasa.

«Tal vez, aunque no era seguro, ni mucho menos, entre aquellos hombres que la admiraban de lejos, devorándola con los ojos, habría alguno digno de ser querido... pero las tías se encargaban de mantener las distancias que exigía el tono, y los pobres abogadillos, ó lo que fueran, tal vez demócratas teóricos, respetaban aquellas preocupaciones, y participaban, á su pesar, de ellas. No se acercaban.» Todos los que habían producido en Ana algún efecto, aunque no grande, hablando con los ojos, eran cualquier cosa menos proporciones. En Vetusta la juventud pobre no sabe ganarse la vida, á lo sumo se gana la miseria; muchachos y muchachas se comen á miradas, se quieren, hasta se lo dicen... pero *lo dejan*; falta una posición; las muchachas pierden su hermosura y acaban en beatas; los muchachos dejan el luciente sombrero de copa, se embozan en la capa y se hacen jugadores.

Los que quieren medrar salen del pueblo; allí no hay más ricos que los que heredan ó hacen fortuna lejos de la soñolienta Vetusta.

«Entre americanos, pasiegos y mayorazguetes fatuos, burdos y grotescos hubiera podido escoger, seguía pensando Ana. Que lo dijera don Frutos Redondo... Pero además, ¿para qué engañarse á sí misma? No estaba en Vetusta, no podía estar en aquel pobre rin-

cón la realidad del sueño, el héroe del poema, que primero se había llamado Germán, después san Agustín, obispo de Hiponax, después Chateaubriand y después con cien nombres, todo grandeza, esplendor, dulzura delicada, rara y escogida...»

«Y ahora estaba casada. Era un crimen, pero un crimen verdadero, no como el de la barca de Trébol, pensar en otros hombres. Don Víctor era la muralla de la China de sus ensueños. Toda fantástica aparición que rebasara de aquellos cinco piés y varias pulgadas de hombre que tenía al lado, era un delito. Todo había concluido... sin haber empezado.»

Abrió Ana los ojos y miró á su don Víctor que á la luz de una lámpara de viaje, calada hasta las orejas una gorra de seda, leía tranquilamente, algo arrugado el entrecejo, *El Mayor Monstruo los celos ó el Tetrarca de Jerusalén*, del inmortal Calderón de la Barca.

